

Acto primero

Erótica de la letra profanada

Índice

ACTO PRIMERO. ERÓTICA DE LA LETRA PROFANADA	11
Escena 1. Escenario de una modernidad sublimada	13
Escena 2. Envío sin retorno: la parte impropia de la (a)versión del padre	59
Escena 3. Darse la escritura, burlar la muerte	101
Escena 4. La letra embarazosa	135
INTERVALO	171
(Escena 1). Apropiación del medio: la correspondencia de la escritura profanada.	173
(Escena 2). La imprenta expropiada: el índice de lo impropio	197
ACTO SEGUNDO. TEATRO DE LA ESCRITURA	217
Escena 1. Drama de la literatura, literatura de la vida.	219
Escena 2. Realidad de la ficción, ficción de la realidad: el más allá de la sublimación	251
Escena 3. Entretelones	309
Escena 4. La otra escena.	333
REPARTO GENERAL	335
ÍNDICE ONOMÁSTICO Y TEMÁTICO	349

Escena 1

Escenario de una modernidad sublimada

El ojo del papa en el ojo de la cerradura. El resto de lo que resta en el objeto petit a. Escritura y melodrama. El lamento soplado, robado y dictado. Lo actuado en una modernidad sublimada.

Jorge Bergoglio, papa de la Iglesia católica, le pregunta retórica y animosamente a la periodista Valentina Alazraki (corresponsal mexicana de Noticias Televisa): “¿Usted sabe cómo se suicida un argentino?” A lo que se autorresponde: “Se sube arriba de su ego y de ahí se tira abajo” (12 de marzo de 2015). En similar tenor, el presidente ecuatoriano Rafael Correa escribió en su cuenta de Twitter después de su visita al pontífice argentino: “Me contó un chiste. A todos sorprendió que escogiera llamarse ‘Francisco’, porque siendo argentino, esperaban que se llame ‘Jesús II’” (28 de abril de 2015). Una vez pasado el efecto jocoso de todo chiste, se impone la sospecha de que “algún” saber popular interpela sobre ese “ego” en la región platense.

Si bien la presencia de un “ego” no es particular y única al caso de Argentina y, por cercanía geográfica e histórica, Uruguay, lo cómico

devela una tragedia singular pretendida secreta: el deseo de ser otro superlativo pero que no pudo ser. El chiste nos remite al deseo y a su concomitante realidad fáctica del “fracaso”. Fracaso que sería tal desde la perspectiva del deseo, es decir, desde una idea ya determinada de lo que “falta”. Sin embargo, lo que también se hace visible a través del chiste —y que despunta como eje de este libreto— es un lugar de “goce” indefectiblemente unido al placer de una buena carcajada para quien lo escucha, y en la exposición de un fracaso excusado para el que lo cuenta.

Interrogándose sobre el deseo y sus avatares, *Modernidad sublimada* aborda y se extiende en la escritura de Florencio Sánchez y Roberto Arlt desde una noción de modernidad como exceso adquirido sobre el fracaso trágico de un Yo racional (Yo que se pretende conocedor de sí mismo y de sus esencias). Si bien tal fracaso —como es visible en la anécdota del papa que habla de ese tropiezo con la identidad— da pie a señalar el “vacío” sobre el cual se erige la supuesta “identidad latinoamericana”, aquí se anhela exponer el énfasis en la repetición del tropiezo como “goce” (entendido desde la nomenclatura lacaniana) que cuenta lo que se “es”. En otras palabras: la interrogación sobre el “deseo” solo explicaría la “estupidez” (en tanto que fracaso ya anunciado) e insistencia del Yo que se anuncia a un otro como “siendo” algo que, evidentemente, no “es” dada su condición de dividido; pero *Modernidad sublimada* parte de un “campo” del goce de este fracaso para señalar la inconmensurabilidad del Yo con su Ideal en calidad de potencialidad de desvío de la pulsión en su fin-meta narcisista. Es decir, en sublimación.

La modernidad como contradicción, incompleta, en crisis o fallida, revela que ese “algo” que repite es indicio también de la presencia de una masa gravitacional inaprensible pero presente. Su presencia en el escenario refiere a los significantes en su entorno y retorno de actuaciones, juegos y cuerpos en relación. Desde esta perspectiva, la pregunta, que podría ser formulada como “¿hay una raza, esencia, o relación ancestral con la tierra que se singularice en una identidad del ser latinoamericano?”, es desplazada a “¿por qué la insistencia en identificar ‘una raza, esencia, o relación ancestral con la tierra que se singularice en una identidad del ser latinoamericano?’” Este libreto no busca respon-

der directamente a esta pregunta —dado que encontraría respuesta al esgrimirse que esa producción identitaria desconoce su funcionalidad mercantil en tiempos de globalización— sino que anhela interrogarse sobre la pose del “gesto” como exceso e intensificación de placeres en las relaciones sociales. En otras palabras, *Modernidad sublimada* hace énfasis en la escritura devenida en “objeto *a*”, y más precisamente en el “plus-de-goce”, a modo de emplazamiento y suplemento en el Yo moderno —ese que habla y escribe— del dominio del capital¹.

Al igual que un niño atrapado en el acto de espiar por el ojo de la llave de una cerradura, el placer del papa no está en saberse representante del deseo de Dios en la tierra (saber, conocimiento, solo destinado a él a través de ese mirar privilegiado ante la ley de Dios y que lo coronaría como soberano), sino en el mostrarse y ofrecerse como fallido de la satisfacción de ese deseo (pues, en definitiva, no eligió llamarse “Jesús II”). Y sin embargo, al revisitarse la entrevista, algo “más” se puede ver en la cara del papa que detenta ese placer picaresco desbordando el secreto goce en la caída del Yo. Aquí el papa actúa el “como si” del espiar con el ojo en el ojo de la cerradura correspondida a la llave de San Pedro, pero a la vez, tomado el chiste como autobiografía literal, se entendería que un sujeto moderno latinoamericano como el papa se sube a su propia coronación soberana para arrojar desde ahí al vacío. Por lo que —más allá del elemento gótico y romántico— nada tendría de “sublime” tal coronación. Pues todo lo contrario, esta es una tragedia que demandaría la entrada de “lloronas”. Pero con el chiste, y en su lugar, se escenifica una comedia. El chiste vislumbra un placer extra en la teatralización (repetición) de la caída y no, como se podría esperar, en la satisfacción del deseo de ser totalmente el soberano, o en el sostener el deseo en su carácter de deseo, es decir, insatisfecho. En el chiste también se resguarda, como un secreto sabido a voces, la posibi-

1. *Apuntador* —En cuanto actuación de la confesión de la confección del sentido de las escenas actuadas, la presente introducción ambiciona despejar algunos de los múltiples sentidos que se puedan dar en relación a la maquinaria conceptual psicoanalítica —como podría requerirlo, por ejemplo, una noción de “objeto *a*” que de “objeto” no tiene nada—. No obstante, no se trata de hacer aquí un “estudio” conceptual del psicoanálisis sino de un montaje lógico de la propuesta de *Modernidad sublimada*.

lidad de ser ese soberano terrestre que la cara sonriente del papa *flashes*, muestra placenteramente, a la periodista. Es tan solo una posibilidad, pues no deja de jugar seriamente el papa a ser el representante divino. En el mismo gesto de tiempo y espacio extra que le da el chiste, el papa afirma y desmiente su soberanía. Mientras que en su reverso, en el terreno de ese Otro-Dios, el chiste cumple con la misma dinámica de afirmar y desmentir la “falta” del Otro al suplementarlo con un extra espacio y tiempo. Es en esta relación que la noción de “sublimación” es fundamental para articular la escritura como función de una política otra. La actuación de una comedia, como expone el papa, suspende el sentido certero y trágico del sujeto moderno para donar un exceso de absurdidad y sinsentido que activa la risa, la carcajada, el llanto, la contradicción, la incompletez, etc. Tal vez, ese sacudón afectivo al cuerpo del público-lector encienda sus goces y con él venga la apertura a la posibilidad de intensificarlos en la comunidad para obrar en el escenario moderno la caída cómica de su propia trampa de otra política².

Lejos de hacerse referencia a lo “sublime” de la filosofía, en *Modernidad sublimada* se trata de la dinámica de pasaje fundante de sentido pronunciado —como una hendidura—. Una “marca” encarnada de la cual la “repetición” del acto detenta tanto su similitud histórica como también su diferencia desconocida. En la sublimación hay una caída de la metáfora que, haciendo valer sus credenciales de representación, se lleva consigo la cadena de sentido. Una pérdida de sentido, de borrachera y embriaguez al servicio de la posibilidad de reanudación de la partida (de cartas en el juego) de las relaciones humanas. Pero si la modernidad sublimada ha de perder el sentido de su suelo y cielo estrellado, el retorno que anuncie su similitud y/o diferencia a nivel del registro simbólico insinúa que “algo” ha sido retenido para sí como parte pujante (pulsional) que le dio lugar en una primera instancia. Algo propio, pero desterrado a lo impropio del sinsentido, reclama su espacio en la modernidad rioplatense. De ahí que la sublimación ofrez-

2. *Apuntador* —Matías Beverinotti, en su lectura del manuscrito de *Modernidad sublimada*, ha señalado que no es lo mismo un lector que un espectador-público. Si bien esto es cierto, lo que interesa aquí es remarcar la “posición” y no los ejercicios cognitivos de cada una de esas posiciones.

ca una doble articulación o un “a medias”: por un lado como historia trágica encarnada en sus protagonistas humillados (sus marcas en la piel de una violencia originaria, puntapié de una acumulación primitiva y del *logos*), y por el otro como reserva de “insentido” o bufonería posible de ser articulado en el futuro de algún otro sentido. Dicho con otras palabras: sin estar cerrada o concluida, a través del estudio de Florencio Sánchez y Roberto Arlt, la modernidad que aquí se presenta da cuenta en el recuento de sus retornos textuales sobre la insistencia de “algo” con potencial político. Ambos dramaturgos no escriben sobre política, sino que sus escrituras son políticas que emplazan parte de lo que ellas eran/son parte con la parte extra que ya ha partido y perdido a modo de aquel objeto *petit a* conceptualizado por Jacques Lacan. La siguiente referencia de Jean Allouch sobre los conceptos de plus-de-goce y objeto *petit a* podría clarificar la posición teórica aquí abordada:

Usualmente los lacanianos hablan del objeto *petit a* en términos de pérdida, caída, desecho, y con muy buenas razones. Pero tal vez esa consideración sea tan impactante que impide observar que por el contrario el plus-de-goce, ese otro nombre para el objeto *petit a*, es también un asunto de “bonificación”, como dice Lacan en un momento [en el seminario *Reverso del psicoanálisis*]. Toda la dificultad conceptual, o mejor dicho, de escritura consistirá pues, a partir de noviembre de 1968, en *poner de relieve a la vez esa pérdida y esa bonificación* (*El sexo del amo* 218).

La escritura de Sánchez y Arlt convoca a ponerla en escena en otra escritura, en otra cartelera o en otro escenario. Lo consumado y agotado señala que “algo” ha quedado afuera golpeando las puertas del “sentido” pero que a la vez está dentro de ese mundo que lo reclama como propio. Cenizas, restos o ruinas contenedoras de sus acciones-reacciones históricas, pero también de su “bonificación” cosquilleante y gozosa. La escritura no es gratuita, sino que revela un pasaje-túnel-grieta por donde se impulsa al infinito al mismo tiempo que solicita su pasaje-boleto-documento de su finitud concreta en la satisfacción y consumación de una “identidad literaria”. De esta relación desequilibrada un exceso —plusvalía— se ofrece como ganancia para el capitalista³.

3. *Apuntador* —Ese mismo año del seminario de 1968-69 (*De un Otro al otro*) al que Allouch se refiere, Lacan señalaba: “Marx parte de la función del mercado. Su novedad es el lugar donde sitúa el trabajo. No es que el trabajo sea nuevo, sino que